

Yo lo he visto con estos ojos...

— Dejuero son gringos, amigo...

No parecen dijo otro, mirando por debajo del ala del sombrero hacia el sembrado, adonde llegaban Juan y Facundo en ese momento.

— Hay que ir hasta el Duraznillo... Yo mismo voy á avisar á la policía, exclamó don Pancho, un viejo que se distinguía de los demás por su calzado y su vestido: traje de pantalón y botines.

El criollo de barba gris, replicó: ¿Policía?

Hem!... A mí se me va á quemar todo el pasto, don Pancho... Me quedaré sin hacienda este invierno... no hay vuelta... pero ahora verá que policía voy á hacer yo, dijo con firmeza.

Los arrieros se habían detenido en el sembrado.

— Paremóslas aquí, suceda lo que suceda.

Haya que dar descanso á las vacas... no podemos dejarlas...

Juan miraba hacia el grupo. Sin volver la cabeza, contestó:

— Aquellos se nos vienen, compañero.

— ¡Oué le vamos á hacer! — contestó Facundo, cuyos ojos se ensombrecieron.

Hacia ellos se dirigían los paisanos á gran galope; en pocos minutos llegaron al sembrado. De entre ellos se destacó el hombre de barba gris y rostro enérgico y mirando á los dos arrieros que permanecían silenciosos, dijo á Facundo, con ira, al mismo tiempo que desmontaba:

— ¡Apéese antes que lo baje á latigazos!

— ¡¡A mí!!

Facundo se largó del caballo quitándose el poncho.

En menos tiempo que se tarda en decirlo, los dos hombres estuvieron frente á frente y en sus manos centellearon siniestramente las dagas. Juan estaba á la expectativa, un poco apartado.

Del grupo partieron voces.

— Peralta!... Párese, amigo?

— ¿Pa qué se mete, don Pancho?

— Déjelos que se topen en ley.

— Tiene razón, ño Pedro

— Claro: Abrañ cancha, pues...!

Los dos hombres luchaban. Tenían los ojos felinos, bajas las cabezas, las bocas cerradas y firmes, los sombreros echados atrás. En posición encorvada se buscaban el cuerpo con los cuchillos, avanzaban y retrocedían, tropezaban, saltaban, á poco cansados y asfixiados por nubes de humo y ceniza.

Los del grupo, uno á pie y otros montados, presenciaban la lucha formando semicírculo.

El incendio se extinguía por un extremo en el linde de la tierra arada en que tenía lugar aquel duelo. El pampero retozaba y siempre á la derecha reventando los pastos y brincando las llamas...

De pronto Peralta se encogió, retrocedió dos pasos y cayó de espaldas apretándose el vientre y el pecho. Tenía dos puñaladas mortales.

Facundo gritó:

— ¿Quién quiere la revancha? ¡Estoy pronto á darla!

Su rostro tenía una expresión feroz. Nadie contestó, y dirigiéndose al compañero:

— Vamos, amigo... Y que nos sigan ó nos delaten, si quieren...

— Vamos...

Del grupo partió un acento grave y tranquilo.

— Aquí no hay delatores, paisano. Que Dios los ayude más bien...

— Bueno! Contestó secamente Facundo, y agregó: Adios, señores...

— Con él vaya, amigo — dijeron muchas voces.

Los dos hombres hicieron levantar las vacas, que rumiaban de bruces y arreándolas se hicieron lentamente en las brumas del Nordeste.....

ALFREDO C. LÓPEZ.

## Después de un baile

¡He pasado la noche recordando  
La luz de una mirada,  
Que sorprendi de sus oscuros ojos  
Tras las crespas pestañas!

¡En torno de los dos, la muchedumbre  
Alegre circulaba,  
Y en lo más hondo de los dos rujía  
La maza de los dramas!

¡Ahora ya sé lo que ninguno sabe,  
El secreto de su alma,  
Lo que oculta su torva indiferencia,  
Lo que sus labios callan!

¡Que torpes son las gentes y que torpes  
Son nuestras esperanzas  
La tierra que fué fértil, sigue siendo  
Riquísima de savia!



¡Cuántas cosas dijeron sus pupilas  
Con aquella mirada!  
¡Ya se se que es el orzullo lo que impide  
Que desborde su llama!

¡Se puede querer mucho y el desvío  
Tomar como una máscara,  
Para que nadie lea en nuestros ojos  
La pena que nos mata!

¡Se puede querer mucho y cuando un necio  
De nuestro amor nos habla,  
Negar aquel amor que sordamente  
Nos roe las entrañas!

¡Que torpes son las gentes y que torpes  
Son nuestras esperanzas!  
¡La tierra, que fué fértil, sigue siendo  
Riquísima de savia!

CARLOS ROXLO.